

¡Yo soy judío!



Maria Wine

En 1931 la editorial Bonniers lanzó, con Georg Svensson como director, *BLM (Bonniers Litterära Magasin)* la revista literaria que de más predicamento gozó en Suecia durante más de cincuenta años. Desde el primer número tuvo a Lundkvist como colaborador. Georg Svensson fue fundamental en el desarrollo de Lundkvist. Durante muchos años le proporcionó libros sobre los que escribía en la revista. Su primer artículo fue la reseña de la película soviética *Camino de la vida* de Nikolai Ekk. Y en el primer año presentó a O'Neill *Mourning Becomes Electra*, el primer ensayo sobre Virginia Woolf, a D.H. Lawrence y a Faulkner con un ensayo y la traducción de *A rose for Emily*. (primera traducción al sueco).

“Artur era, desde el punto de vista del director, el perfecto colaborador. Siempre hacía lo que se había comprometido a hacer. Entregaba su trabajo con absoluta puntualidad, sus manuscritos eran lo más limpio que uno podía ver, modélicamente escritos y apetitosos, nunca necesitados de la menor corrección. Igual de agradable era tratar con él cuestiones económicas. Nunca pidió anticipos y cuando presentaba una factura no había más que autorizar el pago. La combinación de, por un lado, ambición, formalidad, sobrio gusto, sensatez, y por el otro, audacia, gusto de experimentar, genialidad y la completa falta de prejuicios no era de las que se encuentran fácilmente.

No siempre he compartido las ideas de AL en materias estéticas

o ideológicas. Pero, pensase lo que pensase o dijese lo que dijese, siempre lo he respetado como una persona de una integridad absoluta y el “*courage de son opinion*”, escribió Georg Svensson.

En 1931 es crítico de cine en la revista *Fönstret* y en 34 – 35 dirige, junto a Gunnar Ekelöf, la importante revista *Karavan* de la que solo se publicaron cinco números. (Ver artículo pág. 100)

María Wine, la esposa de Lundkvist, escribe en sus memorias una anécdota que da una idea de lo que fueron los años 30 en Estocolmo y de la personalidad de su marido:

“Todavía no ha estallado la Segunda Guerra Mundial. Pero el odio a los judíos se ha extendido en Estocolmo como un incendio insidioso y voraz.

Y había mucha materia inflamable. ¡Escuchen! Estábamos con el escritor Thorsten Jonsson en un restaurante italiano esperando comer en calma. Había bastantes comensales, hablaban en voz baja, la atmósfera era agradable, no había la menor tensión en el aire. Acabábamos de empezar a comer cuando irrumpieron en el local cuatro jóvenes riéndose a carcajadas y hablando a gritos, se dirigieron con desafiante autosatisfacción (quizá eran directores de banco *in spe*) hasta la mesa reservada, llamaron con voces imperativas al camarero, encargaron la comida y se repantigaron satisfechos en sus cómodas sillas y se pusieron a estudiar a los clientes con aire de superioridad. De repente uno de aquellos jóvenes, dio un puñetazo en la mesa, se puso de pie y gritó con voz chillona: Todos los judíos, ¡de pie! Se hizo un silencio incómodo — el único que se puso de pie fue Artur. El silencio se hizo más silencioso. El desenvuelto joven se le quedó mirando con una expresión estúpida y dijo con una voz apagada: Pero — usted no es judío. No, contestó Artur con voz alta y decidida, pero si les quiere algo a los judíos ¡hablen primero conmigo! Los cuatro jóvenes dejaron el restaurante cabizbajos sin haber comido nada.”

En noviembre de 1935 pone rumbo a Canarias en un viaje que lo tendrá dos años fuera de su país. En noviembre de 1937 en una publicación de solidaridad con España titulada *Till Madrid* escribió Lundkvist:

Ante la España que lucha por la vida, esta España que ha sido abandonada y traicionada por todo el mundo, víctima de la insostenible situación en la política internacional, tan profundamente criminal, uno debe sentir, al mismo tiempo, la más profunda compasión y la más fuerte admiración. A la vez que, uno amargamente tiene que sentir su impotencia, su incapacidad de hacer algo para que las palabras que debieran ser las más bellas de

todas —¡Justicia, Verdad, Solidaridad!— no produzcan solo asco y desprecio.

A veces he tenido un sueño fantástico: que la pequeña Suecia, puntera en la fabricación de armas y floreciente en temas de armamento, equipase a diez mil hombres y los enviase a España. Probablemente decidiría la guerra. Y eso sería una hazaña sin parangón en el mundo de hoy, una gesta llena de sentido y de humanidad, que le daría un nuevo contenido a nuestro humanismo tan rico en palabras. Pero ¡de qué sirven esas ilusiones!

Tal y como están las cosas ahora uno sólo puede esperar que el pueblo español no haya hecho esa travesía del infierno en vano y que pueda surgir de su sacrificio algo de valor para la humanidad.

Camino de regreso a Suecia permaneció unos meses en Copenhague y de esa visita dejó testimonio el pintor y escritor Vilh. Bjerke Petersen. “[Lundkvist] Vivió todo el invierno en Copenhague y subsistió traduciendo a D.H. Lawrence. Trabajaba puntualmente, sistemáticamente, con la precisión de un reloj, todos los días de 9 a 13 (creo) traduciendo y después, por la tarde, con su propia obra.

Además, escribimos una pieza juntos, que nos proporcionó gran placer, pero poco éxito.

Lo que recuerdo es lo extraordinariamente estimulante que era su vitalidad, entusiasmo, imaginación y sus amplísimos conocimientos. Siempre era convincente, firme, sus ideas siempre estaban bien argumentadas.”

A finales de los años 30, se debatió intensamente en Suecia sobre «Marxismo o psicoanálisis». Lundkvist se mantuvo relativamente pasivo, incómodo por el excesivo dogmatismo, la seguridad en sí mismos de que hacían gala tanto los partidarios de Marx como los de Freud. Él pertenece a la generación que consideró a Freud un autor mucho más importante que Marx. Durante un tiempo acarició la idea de lograr una síntesis del marxismo, que explicaría la transforma-

ción de la sociedad, y del psicoanálisis, que explicaría la transformación interior del individuo, pero no parece que dedicase mucho tiempo a la consecución de este utópico ideal.

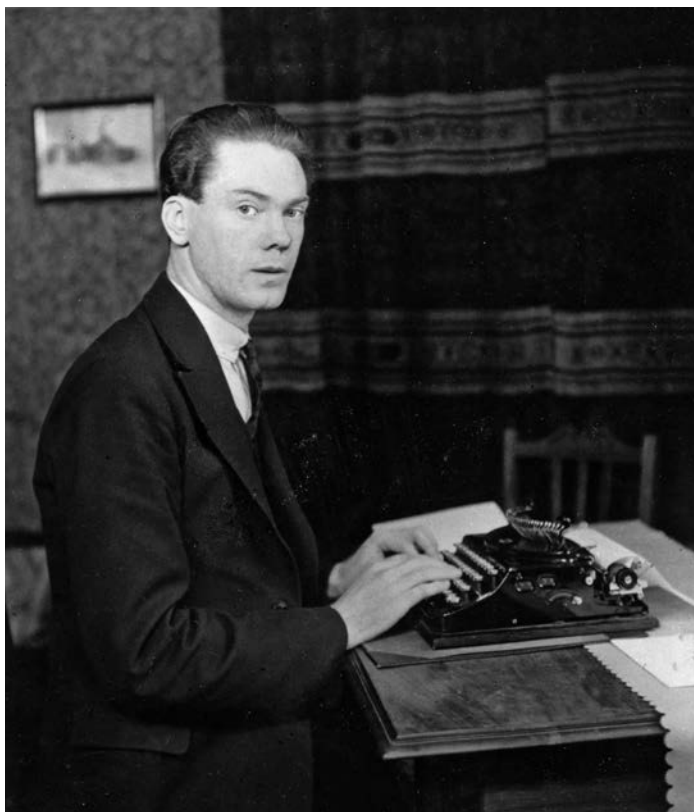
Fue un psiquiatra suizo, Bleuler, mucho más que Freud, el que mayor influencia tuvo en Lundkvist, sin duda por la absoluta carencia de dogmatismo del citado médico.

Su falta de interés por el marxismo queda clara cuando en sus memorias señala el hecho de no haber leído todavía el «Manifiesto comunista». Lo que caracteriza e ilumina la visión político-social que Lundkvist tiene del mundo, es su pasión por la justicia y la libertad. Jamás ha tenido la obsesión del investigador que se siente obligado a demostrar cada afirmación con una cita bien elegida de los clásicos, sino que ha confiado en su intuición que surge como una potente luz de sus vastísimas lecturas, sus numerosos viajes, su amplia información, todo ello elaborado por una mente de enorme receptividad y lucidez.

En esos años publica dos ensayos imprescindibles: *Atlantvind* (*viento atlántico*), en 1932, e *Ikarus flykt* (*El vuelo de Ícaro*), en 1939, en que presentaba a Rimbaud, Faulkner, Joyce, el surrealismo, Picasso, etc. Dos libros, sobre todo el segundo, extraordinariamente importantes para sus contemporáneos y generaciones posteriores.

La guerra mundial es un tiempo de supervivencia. Un período de su obra en que lo crítico y problemático va ganando terreno a lo utópico y optimista, período que culminará más adelante, en plena guerra mundial, en el poemario *Dikter mellan djur och Gud* (*Poemas entre bestias y Dios*), donde expresó sus vivencias sobre aquella oscura época de la historia de Europa.

En los años finales de la década de 1940 Lundkvist participó en los trabajos por la paz y aceptó una de las vicepresidencias del Consejo Mundial por la Paz. Su activa participación en favor de la paz le valió



Retrato de Artur en el año 1931



Entrega del premio Lenin

el saludo del novelista islandés, Premio Nobel, Halldór Kilian Laxness: «Querido Artur, mi homenaje en el día de tu cumpleaños va, en primer lugar, al paladín de la Humanidad en lucha contra los políticos belicistas. Tu Halldór».

En aquellos tiempos, el trabajo en el Movimiento por la Paz convertía a sus activistas en peligrosos comunistas y, con mayor motivo, a sus vicepresidentes. La situación política de Lundkvist en Suecia no se hizo más fácil cuando, en 1951, se inició el debate sobre la llamada “tercera posición” y comenzó a intervenir activamente junto con escritores como Karl Vennberg, Peter Weiss, Sivar Arnér, Stig Carlsson, etc., intelectuales cuya posición era: equidistancia entre el capitalismo y el socialismo realmente existentes, rechazo del capitalismo como sistema económico capaz de solucionar los problemas de la Humanidad, la firme convicción en las virtudes de la discusión libre y pública para el armónico desarrollo de la sociedad (ahí quedaba sobreentendida la crítica del socialismo interpretado a la manera de la URSS), y, finalmente, el convencimiento de que una nueva

guerra mundial implicaría la destrucción total de la Humanidad (de ahí la necesidad de luchar por la paz).

Los partidarios de esta “tercera posición” fueron duramente atacados y falsamente acusados de comunistas o, lo que era peor, de semicomunistas, especialmente Artur porque era el que más intervenía en los debates, sin duda movido por su “neurosis contestataria”.

Lundkvist era un socialdemócrata de izquierdas, sin partido, cuyo mayor delito era no ser anticomunista en una época en la que al que no lo era se le calificaba de semi-, pseudo- o criptocomunista, mil veces peor que comunista.

Su situación empeoró aún más ya que, poco después, Lundkvist viajó a dos estados “proscritos”: la URSS, donde, por cierto, tuvo frecuentes y agrias discusiones sobre el realismo socialista que él atacaba por su esterilidad dogmática, y luego a China (1954). Ambos viajes están descritos en sendos libros que el editor Bonnier publicó con ciertas vacilaciones y reservas políticas.

Por si esto fuera poco, en 1958, estando en la playa de Las Canteras

(Islas Canarias), recibió una carta firmada por Neruda, Ehrenburg y Aragon en la que le informaban de que lo habían propuesto para el premio Lenin de la Paz. Tras muchas dudas, la mayor era que pensaba que no lo merecía, y temiendo que si lo rechazaba lo iban a aplaudir desde “el bando equivocado”, aceptó Lundkvist el premio y destinó el dinero (aproximadamente un millón y medio de coronas, en el dinero de hoy, 150.000 €) a crear un fondo para becas a traductores de literatura sueca. (Se lo cargó la obsesiva obsesión recaudatoria de la Agencia Tributaria, que no aceptó que el fondo fuese una institución sin ánimo de lucro —aunque jamás explicó en qué consistía el lucro de becar a traductores. Lo mataron los impuestos).

Lo mismo hizo con el premio internacional Sofía que recibió en 1981. Estableció con el dinero del premio y los derechos de autor generados en Bulgaria por sus obras y las de su esposa María Wine, un fondo con el fin de favorecer los contactos literarios entre Bulgaria y Suecia, en beneficio de los traductores.